

**MAXIME
ROVERE**

**QUÉ
HACEMOS
CON LOS
IDIOTAS**

**PARA NO SER
UNO DE ELLOS**

PAIDÓS

MAXIME ROVERE

¿QUÉ HACEMOS CON LOS IDIOTAS?

Para no ser uno de ellos

Traducción de Núria Petit

PAIDÓS Contextos

Título original: *Que faire des cons?*, de Maxime Rovere
Publicado originalmente en francés por Éditions Flammarion, París

1.ª edición, marzo de 2020

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Éditions Flammarion, 2019
© de la traducción, Núria Petit Fontserè, 2020
© de todas las ediciones en castellano,
Editorial Planeta, S. A., 2020
Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona, España
www.paidos.com
www.planetadelibros.com

ISBN 978-84-493-3681-2
Fotocomposición: Realización Planeta
Depósito legal: B. 760-2020

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Impreso en España – *Printed in Spain*

Sumario

Introducción	9
Tres conclusiones aventuradas como preliminares	13
De cómo se cae en las redes de los idiotas	19
Cómo recuperarse del estupor	27
Cómo pasar del error a la oportunidad	35
De las recaídas en la emoción.	43
De cómo las autoridades morales entran en conflicto.	59
¿Cómo escuchar a un idiota?	67
Por qué el Estado nos toma el pelo	75
Por qué la amenaza es una forma de sumisión.	83
De cómo la moral mata la interacción	91
Por qué los idiotas prefieren destruir.	101
Por qué gobiernan los idiotas.	109
Por qué se multiplican los idiotas.	117
Por qué los idiotas ganan siempre	127
Conclusión	135
Agradecimientos.	139
Bibliografía	141

Tres conclusiones aventuradas como preliminares

- ¡Oiga, no empuje!
- Y usted, ¿por qué no avanza?
- ¡Avance, hombre!
- ¡Pero no empuje!
- ¡Pues avance!
- ¡Le digo que no empuje!
- ¡Espere, hombre!
- Pero ¿es que no puede avanzar?
- ¡Hay que ver la gente cómo es!

Siempre somos el idiota de alguien. Las formas de la idiotez son infinitas. El principal idiota está en nosotros mismos. Dicho esto, podemos empezar a reflexionar.

En el momento de iniciar este libro, hay situaciones con idiotas que te vienen a la mente. ¡Por desgracia! Recuerdas algunas caras, algunos nombres... Esas experiencias dolorosas, que pueden implicar cosas graves —injusticias y sufrimientos— te dan ganas de meterte con ellos, lo cual implica conocerlos mejor, reírte un poco de ellos y sentirte más inteligente. Comparto tus expectativas, pero antes de empezar me gustaría advertirte de un problema que presenta nuestro problema y que es una cuestión de definición.

Si bien es fácil definir de forma abstracta la idiotez, resulta muy difícil precisar exactamente qué es un idiota. Dos cosas saltan a la vista. Por una parte, se trata de una noción tan relativa que a nadie se le escapa que todos y todas somos siempre el idiota de alguien, y por eso sin duda no se ha hecho hasta hoy ningún estudio serio sobre el tema (yo mismo no lo hubiese emprendido de no haberme visto obligado). Por otra parte, y recíprocamente, cabe decir que todos tenemos nuestro idiota; o sea, que tú, al abrir este libro, esperas que contenga una definición clara de un ser de contornos más

imprecisos que un fantasma, pero cuya presencia es para ti mucho más evidente que la presencia de Dios. Todos quisiéramos que la filosofía nos permitiese aprehender mejor la experiencia de esa sustancia aparecida en nuestra vida a partir de los rasgos de unos idiotas concretos.

Pero te pido que reflexiones sobre lo siguiente: desde el punto de vista de una inteligencia pura, los idiotas no existen. El perfecto Sabio, que es el Dios de los filósofos, cuando contempla el mundo no ve idiotas por ninguna parte. Su inteligencia infinita percibe inmediatamente la mecánica de las causas, el engranaje de los factores, la aceleración de las interacciones que hacen que los humanos actúen. En su benevolencia infinita, acoge con amor las improvisaciones más estúpidas, los gestos y frases inoportunas, los golpes bajos... En su omnipotencia, sabe que en este mundo tiene que haber de todo, y su confianza en la marcha del universo le permite recordarlo hasta en los detalles de las actitudes y los defectos más absurdos. No, los idiotas no aparecen en el radar del Absoluto. Se disuelven bajo su Mirada Perfecta.

Si tenemos un problema con los idiotas es porque al topar con ellos nos enfrentamos a nuestros propios límites. Marcan el punto más allá del cual ya no sabemos comprender y no podemos amar. Solo nos quedan dos opciones: o complacernos en nuestra finitud y adoptar la actitud de los necios, que prefieren reírse porque han encontrado el medio de gozar de lo que no comprenden, o reconocer la fuerza exacta de la idiotez, que consiste precisamente en el efecto que ejerce sobre nosotros, y recurrir a la fuerza de los conceptos para pisotear por fin a los idiotas, para ser no solo mejores que ellos, sino mejores que nosotros mismos.

La segunda opción tiene un grave inconveniente: no es perpetuamente hilarante y hasta a veces resulta pesada. Pero apostado a que en pocas páginas podremos estudiar a los idiotas como dispositivos complejos, sin engatusar a nadie ni emplear un lenguaje demasiado incomprensible.

Sin embargo, antes incluso de empezar veo surgir otra dificultad: el abanico de la idiotez es tan amplio que parece imposible estudiar a todos los idiotas a la vez. Están los idiotas asentados en sus certidumbres, que se niegan a dudar; hay otros que lo rechazan todo y que dudan hasta de la verdad, y finalmente están los que pasan de los dos primeros grupos, que por otra parte pasan de todo, incluso de los dramas que se podrían evitar. ¿Cómo hablar de todos esos idiotas a la vez?

Una posible solución sería determinar tipos y géneros, clasificarlos por familias, hacer tal vez un árbol genealógico. Pero una tipología tendría en mi opinión un grave inconveniente: les daría a los idiotas una consistencia de la que carecen. Si estableciera una lista capaz de distinguirlos y describirlos, sin duda podríamos ponernos de acuerdo sobre algunas figuras, aislando tipos o «esencias» de idiotas, como en perfumería. Por desgracia, eso produciría un efecto perfectamente contrario a nuestro objetivo: llevaría al lector a sobrestimar su experiencia, a convencerlo de que se ha enfrentado a entidades y no a situaciones. Así, cuanto más llegaras a reconocer a tus idiotas en ti, más te convencerías de que existen idiotas como existen avestruces o hayas púrpura (cosa que, como demostraré, no es cierta). Esa convicción tendría la consecuencia de alejarte del punto de vista de la inteligencia y de la bondad pura, hasta el punto de que finalmente este libro, como tantos otros, te hundiría en tus prejuicios en vez de guiarte (y de paso a mí también) hacia un poco más de sabiduría.

No es, pues, clasificando a los idiotas como los comprenderemos o sabremos controlar mejor la manera como surgen en nuestra vida. Naturalmente hay muchas películas, comedias y novelas donde hallamos perfiles con rasgos marcados que permiten definir unos tipos; aunque su falta total de imaginación alimenta en los demás, como por arte de magia, una inmensa creatividad. Pero eso no hace más que confirmarme en mi propósito, porque la filosofía trabaja con conceptos y no con personajes. Para hacer justicia a los diferen-

tes casos, he incluido unos incisos muy cortos, al principio de cada capítulo, a fin de visibilizar las experiencias que tengo en mente mientras trabajo en la abstracción. Pero no pretendo inventar nada. Lo que quiero es comprender.

En suma, aunque sea poco habitual en filosofía, te propongo no intentar definir a los idiotas de forma demasiado precisa. Dejémoslos en la nebulosa en que cada uno de vosotros reconozca a los suyos. Además, a decir verdad, me importa un pito saber exactamente lo que son, de dónde vienen y de qué repugnante manera se reproducen. Lo único que quiero es que me dejen en paz, y es justo aquí, en mi corazón frágil que solo pide amar, donde el problema se plantea, o mejor dicho se clava más dolorosamente que una espina. Los idiotas no nos dejan tranquilos y agobian sobre todo a los que querrían vivir lejos de ellos. Ese es el segundo axioma de este libro: los idiotas nos invaden.

He ahí el misterio. ¿Cómo puede la idiotez encontrar su camino, cómo se inmiscuye, serpentea y se enrosca insidiosamente hasta el interior del sujeto en teoría inteligente?

Para responder a esta pregunta, debemos empezar allí donde la inteligencia se detiene, y por eso te he entregado, amigo lector y querida lectora, tres observaciones que un autor más hábil, pero menos sincero que yo, se habría reservado para la conclusión, a saber: siempre somos el idiota de alguien, las formas de la idiotez son infinitas y el principal idiota está en nosotros. Estas tres observaciones son del todo exactas, pero a mí particularmente no me sirven de nada. A la filosofía le pido técnicas conceptuales precisas, que me permitan superar los fallos de mi inteligencia y el poco resuello de mi bondad, que descubro cada vez que al cruzar esa puerta de la izquierda me topo con la idiotez humana.

De cómo se cae en las redes de los idiotas

Hay idiotas masculinos que no quieren tener mal rollo con sus mujeres, idiotas femeninas que no quieren tener mal rollo con sus maridos, otros que no quieren tener mal rollo con los hijos, otros con los padres, otros con los vecinos, otros con los colegas, otros con los alumnos, otros con los profesores, otros con los jefes, otros con los medios, otros con los clientes, otros con la policía... Y, así, caminando marcha atrás, tratando desesperadamente de evitarse unos a otros, es como los idiotas entran en colisión.

Donde se descubre que la idiotez es el dispositivo en el cual unos imbeciles te atrapan. Y de cómo orientar tu pensamiento para empezar a liberarte.

Los idiotas surgen sin previo aviso, en un momento en que no te lo esperas. No estás preparado. Simplemente deseas hacer algo, desplazarte o disfrutar de un paisaje, trabajar o gozar de la vida, digamos vivir, simplemente vivir, a tu aire. Pero de repente surge la idiotez humana. Poco importa que estés de buen humor o de mala leche, que sea por la mañana o por la tarde: esa idiotez te agobia y te saca de quicio. Para ser más precisos y ponernos un poco dramáticos, diríamos que te hiere. Aunque por orgullo trates de estar por encima de ella, la idiotez te hiere. El hecho mismo de que te hiera te irrita; no hace más que agrandar la herida y envenenarla.

No seamos engreídos y atrevámonos a mirar esa herida de cerca. En mil casos que se dan en la calle —el vehículo que nos corta el paso, el paseante que le da una patada al perro o que tira un envoltorio al suelo—, el idiota es el que no respeta a los demás, el que desprecia una norma de sentido común, el que, en definitiva, destruye las condiciones que permiten la convivencia. Y, por decirlo sin rodeos, la mayoría de esos comportamientos son en sí mismos

síntomas de problemas profundos que no dependen solo de las personas en cuestión: condiciones laborales difíciles y precarias, una industria del ocio y el consumo absolutamente desenfrenada, el fracaso de las reglas que rigen las relaciones entre las personas... Para comprender bien la situación, habría que tener en cuenta un proceso según el cual no solo los idiotas destruyen las condiciones de la vida social, sino que también una sociedad enferma produce idiotas. Lo importante es retener que los fenómenos humanos tienen un grosor específico, lo cual no impide que los idiotas existan.

He aquí, pues, una primera consideración importante: el idiota o la idiota se definen, a partir de un comportamiento que consideramos inadecuado, como unos seres que, aunque sea momentáneamente, identificamos como situados en un peldaño inferior de la escala moral en la que, sin ser perfectos, nos situamos a nosotros mismos en nuestro esfuerzo común por convertirnos en seres humanos cabales.

Antes de seguir adentrándonos en el tema, conviene responder a una objeción. Puesto que todos somos siempre el idiota de otra persona (véase el capítulo anterior), ¿tenemos en verdad derecho a decir de alguien que es idiota? Porque para él probablemente los idiotas seamos nosotros... Por otra parte, ¿quién sabe definir lo que es un ser humano cabal? Llevando este razonamiento a sus últimas consecuencias, la idiotez no existiría porque es relativa, igual que los criterios de valor en los que se asienta, y porque depende totalmente de un punto de vista individual. En este sentido, no reflejaría nada más que unas preferencias íntimas, válidas solo para cada uno. ¡Pues sí! Pero a mí este relativismo no me asusta. Admito que todos somos el idiota de alguien, lo cual no significa que todos los idiotas sean iguales. Al contrario, como cada uno hace su propia evaluación de la idiotez, el cotejo entre las evaluaciones produce necesariamente acuerdos y desacuerdos. Por lo tanto, en la situación local y urgente objeto de nuestro análisis, el idiota hombre o mujer es aquel o aquella que la mayoría de los demás están de acuerdo (pese

a las variaciones) en considerar como tal: ello significa que la idiotez objetiva no es la que existe en lo absoluto antes de las evaluaciones subjetivas, sino la que resulta del cotejo de esas evaluaciones, de modo que podría decirse que la objetividad se define en la intersección de todas las subjetividades, como aquello que tienen en común. Así pues, el hecho de ser relativa no le impide a la idiotez tener su valor de verdad; al contrario, lo que expresa es justamente la verdad de las relaciones. Una vez más, la conclusión es que podemos considerar que de verdad existen idiotas a los que, aunque sea local o momentáneamente, se les da peor que a los demás el esfuerzo común que realizamos por ser humanos. Y aunque cada cual pueda diferir en cuanto a los detalles, estimo que esto es algo que todo el mundo sabe.

No obstante, aquí se produce una curiosa anomalía. En la situación que acabamos de describir, los que se ven, por así decirlo, en el papel de testigos ante la idiotez deberían encontrarse en una posición elevada: si se considera que alguien (aunque sea de forma temporal) está situado, a causa de su comportamiento, en un peldaño inferior de la escala moral que evalúa nuestro esfuerzo por realizarlos como seres humanos, eso debería significar que los demás se encuentran por encima. Por lo tanto, ahí donde una persona se comporta de forma abusiva, contraproducente o peligrosa, deberíamos aprovechar nuestra preeminencia para pasar a la acción, restablecer sin dificultad el orden y, sin alterarnos, impedir al idiota causar daños. Pero no es eso lo que suele ocurrir. ¿Por qué? Porque la debilidad o la inferioridad moral no lo dicen todo de la idiotez. Hay que observar una segunda característica importante: la idiotez no es solo debilidad, es fealdad. Se define como la cara repugnante de la debilidad humana.

Y ahí empieza a fraguarse el verdadero problema. Paralizados por la sorpresa de juzgar a un ser como inferior (con más o menos razón, pero nunca sin razón), también nos sorprende percibir en nosotros una especie de retroceso, un desprecio o una repulsión que

pillan a nuestras fuerzas por sorpresa. Sabemos, sentimos, que somos mejores que el guarro que no tira de la cadena en los retretes públicos, o que la baronesa que se cree que el dinero le da derecho a todo; y sin embargo nuestro valor no basta para hacernos triunfar por encima de su idiotez. ¡Al contrario! Es en proporción a la exasperación que despiertan en nosotros, en proporción a nuestro deseo de alejarnos de ellos o de hacerlos desaparecer de nuestro mundo, como distinguimos precisamente a los idiotas y los identificamos como seres que crean a su alrededor un reflujo de la benevolencia y el amor. Por eso la idiotez, que se basa en un juicio moral rotundo, desencadena al mismo tiempo una relación afectiva —o sea, una emoción— en esencia negativa que, por un reflejo epidémico, por un exceso de impaciencia del que ni siquiera queremos saber ya si es saludable o suicida, hace que tengamos ganas de renunciar a nuestra común humanidad. Odiamos a los idiotas irremediabilmente: *stultitia delenda est*.

Y entonces se pone en marcha un dispositivo extrañísimo, que pienso describir varias veces empleando diferentes imágenes, para no caer en diferentes trampas. Estamos reunidos en círculo alrededor de la pedorra o el pelmazo que nos amargan la vida, y coincidimos en situarlos por debajo de nosotros mismos... Pero en el momento en que empiezan a repugnarnos, empezamos a perder también nosotros nuestra capacidad de empatía. ¡Sí! Cuanto más sabes y más sientes que el idiota es un idiota, más pierdes tu equidad, más te alejas de tu propio ideal humano, y más te transformas tú mismo, exactamente en la misma proporción, en un ser hostil; o sea, en un idiota (y la prueba es que te conviertes en el idiota o la idiota del idiota). ¡Pues claro! Porque todo lo que hace ese capullo te hiere... porque en cierto modo no quieres ver a ese tarado... porque quieres proteger tu propio bienestar... Entonces el otro te pone nervioso, te repugna... pero, cuanto más retrocedes, más insultado te sientes... y por lo tanto retrocedes más... con lo cual te hundes más profundamente en tu desprecio... ¿Cómo no detestar

al otro si la culpa es suya? Pero cuanto más lo detestas... más te hundes.

Esas arenas movedizas ilustran un proceso que nos indica, como conclusión de este capítulo, por qué es tan difícil avanzar frente a los idiotas. En efecto, las impresiones que sacamos de la imperfección humana consisten de entrada en una postura que rebaja y disminuye no solo al ser que observamos desde fuera como un objeto, sino también al sujeto de la observación, al presunto espectador. Ello significa que es estructuralmente imposible ser un simple testigo de la idiotez. Realmente, es contradictorio que la idiotez te deje en una posición neutral: la evaluación que te ha permitido identificar al idiota ya te ha hecho tomar partido en contra de él. Y esa falta de neutralidad no te deja indemne, sino al contrario: tu propio juicio acarrea inmediatamente la disminución del amor y la benignidad que eres capaz de demostrar, aquí y ahora, hacia esa pelma o ese plasta. Así pues, si los idiotas constituyen una calamidad tan grande es porque son un problema dinámico que, nada más plantearse, destruye las condiciones que podrían permitir solucionarlo. Concluyo por tanto con la primera de las frases que denomino «plantillas», porque están especialmente troqueladas para que los más jóvenes, si lo consideran urgente, vayan a pintarlas por las paredes, y tú te las fijes debajo de los párpados para no olvidarlas jamás:

1

*Tú no eres el profesor de los idiotas.
No cambies a las personas,
cambia las situaciones.*